

# CULTURA Y COMUNICACIÓN

en las relaciones colombo-venezolanas

---

MARCELINO BISBAL

GERMÁN REY

JESÚS MARTÍN BARBERO\*

## 1. LAS IDENTIDADES DESDE LA RELACIÓN COLOMBIA-VENEZUELA

Pensar las identidades es referirse especialmente al mundo simbólico, al universo de lo cultural. Preocupados más por lo que identifica y diferencia que por lo que relaciona, el discurso sobre la identidad es asumido por algunos como una suerte de carácter nacional o como una proyección psicológica de lo social. Producto de la historia humana, la identidad es construcción y relato, acontecimientos fundadores y trama compleja, espejo y autopercepciones.

Ser colombiano o venezolano es formar parte de un proyecto que se enuncia en las más diversas narraciones, en imaginarios y memorias que se han ido construyendo a través de la historia, en medio de un paisaje casi siempre conflictivo y fuertemente heterogéneo. Solo que así como

\* Este artículo no es más que la síntesis del ámbito de Comunicación y Cultura de un estudio realizado por el Grupo Académico Binacional, con apoyo de las cátedras Venezuela y Colombia de la Universidad Nacional de Bogotá y la Universidad Central de Venezuela. Quienes escribimos fuimos los responsables de la investigación sobre el tema de *Otras formas de integración: la cultura, la comunicación y el consumo cultural*.

se habla de la identidad colombiana o venezolana tratando de buscar los rasgos que las afirman y las características que las diferencian, es también conveniente desplazar la mirada hacia la identidad como relación. Lo que es más sugestivo pero también más complejo: partícipes de una historia común que inclusive nos unió en momentos determinados e integrados imaginariamente por los gestores de las independencias, la identidad de los vecinos está hecha de temores mutuos, sentidos de futuro aplazados, significados sociales de lo propio y representaciones de la alteridad. A comienzos del siglo XX Carlos Arturo Torres escribía que

el paralelismo de nuestra doble historia acentúa, después de 1830, de modo definitivo la actuación respectiva y el carácter de los dos pueblos, destinados por la misma intrínseca disimilitud de sus condiciones a complementarse hoy en la sociedad internacional como se complementan en la historia y en la gloria (1998:175-176).

Y Arturo Uslar Pietri, más recientemente, afirmaba que

esa vinculación es tan estrecha, que ha constituido lo que yo me he atrevido a llamar una simbiosis, va mucho más allá de lo que ha sido la historia de los pueblos fronterizos. Va mucho más allá de lo que pasa a cada lado de la raya fronteriza y ha creado un flujo y reflujo, un torrente de mezclas, un agente activo de transformación social y económica que escapa, con mucho, a las pequeñas y mezquinas previsiones de los politiqueros de turno (1998:233).

Complementación a partir de “la intrínseca disimilitud de sus condiciones” en Torres, “reflujos, mezclas, transformaciones” en Uslar Pietri dibujan excelentemente esta situación de interacción, de umbrales, que constituye la identidad, frente a las descripciones –bastante rígidas– de conjuntos de rasgos definitorios o de una suerte de carácter esencial. Las identidades además de ser cambiantes son procesos intersubjetivos de reconocimiento conformados en relaciones más o menos conflictivas de auto y heteropercepción (Melo, 1989:33) como también de experiencia especular, es decir, de identidades que se crean en el momento y en el proceso

mismo en que se reconocen por el otro (Ibíd.). Percepciones marcadas por los tránsitos migracionales, los encuentros con las oleadas de inmigrantes que conectan a la culturas propias con otras, distantes y diferentes; por las amenazas y los litigios pero también por las cercanías y la comunalidad. Hechas de estereotipos pero también de memorias densas, de pertenencia y de horizontes de referencia, la identidad está penetrada por diferentes intereses, “es una construcción cultural e ideológica, una selección, un ordenamiento de determinados recuerdos. La memoria nacional es un terreno de disputas, en el que se batan las diversas concepciones que habitan la sociedad” (Ortiz, 1998:54-55).

Las relaciones entre Colombia y Venezuela y, por tanto, sus identidades, se perfilan alrededor de grandes imágenes que atraviesan sus historias: una nación identificada con la normatividad de los abogados<sup>1</sup> y otra con la presencia activa de sus militares, un país con un poblamiento realizado a partir del interior, de lo andino, y el otro con una presencia más caribeña, un país afincado en una economía monoexportadora de la que apenas emerge y una fuerte cultura rentística y otro –Venezuela– adocenado por la economía extractiva y fundamentalmente la industria del petróleo con sus secuelas de bonanzas y caídas. Son imágenes que no explican por sí solas y de manera polarizada las diferentes identidades de nuestros países, pero que tienen implicaciones sociales, culturales y políticas que deberían mirarse mucho más detenidamente para reubicar las relaciones binacionales, para diseñar procesos fructíferos de integración en la diversidad. Analizando el carácter del poblamiento colombiano, Jaime Jaramillo Uribe resalta la importancia que tuvo la conquista del territorio desde el centro a la periferia (un país mediterráneo y montaños) a diferencia de otros países latinoamericanos que siguieron una lógica de poblamiento del mar hacia la tierra; un fenómeno que además se viene a reforzar con la implantación en el siglo XIX en Colombia de la economía del café asentada en las vertientes de las cordilleras.

Este proceso de poblamiento colombiano lejos del mar ha tenido entre otras muchas, dos consecuencias importantes: la primera es que la población colombiana se ha desarrollado casi exclusivamente a partir de sí misma, es decir, casi sin aportes de inmigración o con

la contribución muy escasa de ésta. La segunda ha sido el desarrollo de tipos regionales de vida muy diferentes y característicos, ya que por lo mismo, en los siglos anteriores, las comunicaciones entre unas regiones y otras eran lentas y difíciles (Jaramillo Uribe, 1994:78).

Expuesta a muchas más corrientes de inmigración (especialmente de Europa) Venezuela se diferencia de este sentido mediterráneo colombiano, aunque presenta diferencias internas culturales tan ricas como las colombianas.

Las imágenes que contraponen tradición legalista a énfasis militarista es otro imaginario recurrente en las relaciones binacionales que viene desde la independencia y que es sometido a ironización por escritores como el venezolano Oswaldo Trejo o el colombiano Germán Arciniegas. En Fragmentos de diario, Trejo escribe “Ustedes no han tenido sino dictadores en todos los momentos en que entre nosotros han estado los doctores en el Poder” (1998:414-415). Es la frase más usada cuando se quiere hablar de la “pobre Venezuela”, la frase de proyecciones más equívocas que puede escucharse más allá de sus fronteras. Esta fama viene de bien lejos aunque no tenga bases firmes: en el siglo pasado sí es cierto que en otros países gobernaban los doctores cuando en Venezuela mandaban los generales, pero no es menos cierto que había escasa diferencia en el manejo del poder entre aquellos doctores y los intuitivos generales. Si en Venezuela éstos tuvieron el poder como premio a sus luchas en la guerra independentista o en las contiendas cívico-militares que posteriormente se conocieron, en otros países los doctores asumieron el poder heredado de la sociedad colonial a la que pertenecían o representaban, sin que hicieran mucho por cambiar las estructuras sociales de sus respectivos países. Arciniegas señala, por su parte que

En una simplificación demasiado elemental, decían que, al romperse la Gran Colombia, lo que había quedado era, en la Nueva Granada una universidad, en el Ecuador un convento y en Venezuela un cuartel. Simplificación demasiado optimista, que debió hacerla algún colombiano. Don Juan Montalvo no quedaba bien como prior de un convento, el general Mosquera de rector de una universidad y

Rómulo Gallegos de sargento de Yatagán. Cada una de las tres repúblicas tenía su cuota de convento, de cuartel y de escuela. Y el cuento de Bogotá, Atenas de la América Latina, no dejaba de ser una linda ilusión con que nos dábamos aire de abanico (1998:211).

Auto y heteropercepciones, imágenes, recuerdos, pertenencia, son todas entonces, formas de la identidad. El reconocimiento de los demás como parte de una comunidad así como la existencia de sistemas de relaciones y representaciones colectivas para los que son importantes el nosotros y los otros generalizados conforman las identidades sobre la densa experiencia de la historia. “La identidad es una construcción que se relata”, ha escrito Néstor García Canclini.

Se establecen acontecimientos fundadores, casi siempre referidos a la apropiación de un territorio por un pueblo o a la independencia lograda enfrentando a los extraños. Se van sumando las hazañas en las que los habitantes defienden ese territorio, ordenan sus conflictos y fijan los modos legítimos de vivir en él para diferenciarse de los otros. Los libros escolares y los museos, los rituales cívicos y los discursos políticos, fueron durante mucho tiempo los dispositivos con que se formuló la Identidad (así, con mayúscula) de cada nación y se consagró su retórica narrativa (1995:107)

La construcción de las identidades en la relación Colombia-Venezuela tiene un momento definitivo en la independencia, que es según Melo, el sistema simbólico fundador. La idea del ciudadano permite definir al sujeto político desde el Estado y no desde particularidades culturales o locales mientras que lo nacional se define no por la lengua, la religión, las diferencias culturales o la composición étnica sino por “la extensión de la división administrativa colonial, que se prolonga ahora en las nacientes instituciones del Estado” (Melo, 1989:33).

Las percepciones y, en general, este “relato que se construye” que es la identidad, se fue moldeando a la medida de las transformaciones históricas de los países así como de los flujos e intercambios de diferente naturaleza que se producían activamente de un lado a otro durante los si-

glos XIX y XX. La afirmación de las pertenencias pero también los reconocimientos (a veces difíciles y tensionantes) del otro se fueron constituyendo alrededor de fenómenos como el envío de estudiantes de Táchira y Mérida a Santafé, Tunja o Pamplona, la consolidación del comercio entre los dos países, las guerras civiles con sus historias de refugiados y asilados de ambos lados de la frontera, los tránsitos de campesinos recolectores, la interacción entre escritores, intelectuales y artistas, los litigios y los procesos de discusión diplomática, las corrientes migratorias de colombianos hacia Venezuela durante este siglo, fueron todos momentos determinantes en la construcción de la identidad desde el vecindaje. Buena parte de las imágenes que aparecen con insistencia en los estudios recientes son seguramente sedimentaciones que se han venido conformando a partir de estas interacciones. También los imaginarios mutuos están referidos a otra de las dimensiones de la identidad: las especificidades étnicas, los tipos culturales. Los estudios ya clásicos de Virginia Gutiérrez de Pineda en Colombia se orientaron precisamente a caracterizar los diferentes complejos culturales colombianos. Cada uno de ellos muestra

rasgos inconfundibles de su haber, explícitos en modos idiomáticos, valores, ideales, metas, imágenes de hombre y mujer, sistemas de relación individual y colectiva, jerarquías sociales... pero que al confrontarse con los demás complejos y descartar como superficiales estas diferencias, aparece un profundo fondo común que los integra a todos, en la llamada cultura nacional o mayor (1989:17).

Cultura mayor que tendría algunos rasgos particulares que facilitan la identidad y definen las diferencias. Entrado el siglo XX, como ha sucedido con la identidad de muchos otros países del continente, se afirmará la importancia de los medios de comunicación en la conformación de percepciones e imaginarios mutuos, así como de las nuevas tecnologías y las industrias culturales.

La radio y el cine contribuyeron en la primera mitad de este siglo a organizar los relatos de la identidad y el sentido ciudadano en las sociedades nacionales. Agregaron a las epopeyas de los héroes y los

grandes acontecimientos colectivos, la crónica de las peripecias cotidianas: los hábitos y los gustos comunes, los modos de hablar y de vestir, que diferenciaban a unos pueblos de otros. La comunicación por radio ayudó a que grupos de diversas regiones de un mismo país, antes lejanos y desconectados, se reconocieran como parte de una totalidad. Los noticieros que comenzaron a vincular zonas distantes, así como las películas que enseñaban a las masas migrantes la manera de vivir en la ciudad y trataban los conflictos interculturales, proponían nuevas síntesis posibles de la identidad nacional en transformación... Los medios masivos fueron agentes de las innovaciones tecnológicas, nos sensibilizaron para utilizar aparatos electrónicos en la vida doméstica y liberalizaron las costumbres con un horizonte más cosmopolita; pero a la vez unificaron los patrones de consumo con una visión nacional (García Canclini, 1995:107-108).

La globalización económica y la mundialización de la cultura significa otro momento diferente en la construcción de las identidades nacionales y sobre todo ofrece otras condiciones que entran a complementar las percepciones e imágenes mutuas que se tienen entre países vecinos, o que logran inclusive generar otras nuevas. Un fenómeno como el de las *misses* Venezolanas, tan bien estudiado por la psicóloga venezolana Maritza Montero es representado en un contexto mundial auspiciado por las transmisiones satelitales y muestra

la necesidad de hallar aspectos positivos en una identidad nacional marcada negativamente que se manifiesta en la aceptación e identificación con fenómenos signados por el éxito. Pero no cualquier éxito, sino un éxito logrado fuera del país. El altercentrismo que marca a nuestra identidad nacional parece exigir el reconocimiento externo para que podamos validar y reconocer nosotros mismos el objeto de dicha aceptación (1998:119-120).

Algo similar ocurre con la música y difusión discográfica (de orquestas como la Billo's Caracas Boys hasta el Binomio de Oro o Carlos Vives, como mostraremos más adelante), la industria cada vez más transna-

cional de la telenovela,<sup>2</sup> los deportes o la propia imaginería mundial creada alrededor del tráfico de drogas.

La apertura de la economía de cada país a los mercados globales y a procesos de integración regional fue reduciendo el papel de las culturas nacionales. La transnacionalización de las tecnologías que comercializan bienes culturales disminuyó la importancia de los referentes tradicionales de identidad. En las redes globalizadas de producción y circulación simbólica se establecen las tendencias y los estilos de las artes, las líneas editoriales, la publicidad y la moda (García Canclini, 1995:108).

La percepción del otro y los rasgos de la autoimagen son dimensiones de la identidad comprendida desde la relación. Porque la identidad distingue y afirma, diferencia y autovalora; solemos representar a los otros a través de imágenes, de perfiles que delinean sus modos de ser, sus estilos de vida, sus comportamientos y actitudes sociales. Con mucha razón la psicología ha insistido en pensar las identidades desde una triple relación interactiva: consigo mismo, con los otros y con el mundo. El conjunto de atribuciones con que se diseña al otro revela tensiones históricas, encuentros e interacciones, procesos que en su duración temporal se van sedimentando en la memoria social. Las figuras con que se califica al vecino, las generalizaciones con las que lo representamos es un permanente ejercicio simbólico, forman parte de las propias afirmaciones, de los argumentos con los que se desea ser identificado. Estos "imaginarios" son aún más fuertes cuando, como en el caso de Colombia y Venezuela, se tienen pasados comunes, movimientos liberacionistas entrelazados y utopías fundadoras del futuro con enormes similitudes. Pero también lentos y complejos procesos migracionales, fronteras que son puntos de intersección y de conflicto, confluencia de problemas de sus propias realidades internas que cada vez interactúan más directamente. Las imágenes mutuas, las auto-percepciones así como las afirmaciones de rechazo o de aceptación son todos elementos que tienen que ver con las identidades. Así en la encuesta sobre imágenes, actitudes y opinión que realizó el Grupo Académico Binacional, Salazar y Rey<sup>3</sup> se encontró que las tres primeras imágenes tanto



para los venezolanos como para los colombianos son la alegría, el nacionalismo y la inteligencia. Los venezolanos perciben más inteligentes a los colombianos que éstos a los venezolanos, mientras que los colombianos perciben a los venezolanos menos ahorrativos, algo que en investigaciones anteriores había sido asociado a la imagen de los venezolanos como “ricos y manirroto”. En cuanto a lo nacionalista ambos grupos perciben al otro como más nacionalista. En cuanto a lo irresponsables ambos grupos se perciben a sí mismos como más irresponsables que el otro. Si los colombianos se autoimaginan muy hospitalarios (92%) los venezolanos los ven regularmente hospitalarios (59%). Es interesante anotar la relativa aceptación de tres atributos negativos: tramposos y agresivos en el caso de los colombianos; y flojos en el caso de los venezolanos. Los colombianos se perciben casi tan tramposos como los perciben los venezolanos (64% vs 70%) mientras consideran que los venezolanos son menos tramposos (34%). De igual forma se perciben igualmente agresivos a como los perciben los venezolanos (69% vs 68%), a quienes ellos perciben como algo menos agresivos (53%). Por su parte los venezolanos se perciben como más flojos que lo que los perciben los colombianos (69% vs 50%) y consideran a los colombianos poco flojos (34%). En cuanto a la característica “pedante”, los venezolanos se la autoatribuyen en el mismo grado que se la atribuyen los colombianos (54%), pero también la asignan a los colombianos en casi la misma proporción (53%). Los colombianos por su parte tienden a no aceptar dicha característica como propia.

Finalizado el siglo se entrecruzan los encuentros regionales y locales como también las intersecciones globalizadas; ambos –y de diferente modo– conforman las identidades de colombianos y venezolanos, pero sobre todo, la nueva simbólica de nuestras relaciones.

## 2. MIGRACIONES, MÚSICA Y TELENÓVELAS: LA INTEGRACIÓN DESDE LAS INDUSTRIAS CULTURALES

Próximo durante años a través de densos y complejos procesos migratorios de Colombia hacia Venezuela que convirtieron al país vecino en meta de muchos colombianos que deseaban tener una mejor vida, los encuentros y desencuentros entre los dos países se han dado probablemente tanto o más en el campo de las prácticas culturales, de la intersección de creencias y modos de vida y de la interpretación de las realidades cotidianas que definen su interacción, que en el plano de los diferendos fronterizos, de la circulación comercial o de la expansión de los mercados. Porque si bien no todo es cultural, sí se puede reconocer en los ámbitos de la circulación económica, de las preferencias políticas o de las percepciones mutuas un constante y activo dinamismo de lo cultural.

Mientras los Estados fijan su preocupación integradora en la consolidación de los mercados, la seguridad nacional y una soberanía que se rediseña en el contexto de los cambios que ha traído la globalización, los migrantes llevan consigo el acervo de sus tradiciones que entran muy pronto en profundos procesos de hibridación, las regiones de frontera conforman una cultura propia hecha de identidades como también de mezclas que se van interiorizando y van definiendo umbrales culturales y la industria televisiva comparte con audiencias masivas ideales, estereotipos, narrativas y hasta proyectos sociales de futuro.

De las oleadas migracionales de los setenta a las telenovelas de los noventa, de la circulación de mano de obra colombiana en fábricas, casas o campos venezolanos a la creación entre los dos países de un mercado que mueve miles de millones de dólares al año, no solamente han sucedido cambios históricos y transformaciones sociales muy importantes sino intercambios culturales decisivos, modificaciones culturales que habría que tematizar con mayor rigor y sobre todo con un replanteamiento radical del enfoque con que se las ha analizado.

La conexión de las realidades nacionales a una cultura mundializada, el crecimiento en cobertura y en oferta de las industrias culturales, la participación de la iniciativa privada en el mercado simbólico, la conformación progresiva de una industria del espectáculo que mostró afiliacio-

nes donde se suponía que solo existían malos entendidos, son todos signos de esta mutación cultural que afecta por igual a los dos países. Como también lo ha sido el impacto del arte en los procesos de modernidad, el crecimiento de los índices de alfabetismo en la participación social y la incidencia de la cultura en los procesos de desarrollo.

En una investigación sobre el consumo cultural del venezolano (Bisbal y otros,1998) se constata la atracción que ejercen los dispositivos mediáticos frente a las manifestaciones de la “alta cultura”. Los cuadros de este trabajo proporcionan sin duda elementos interesantes de análisis.

**Cuadro 1:**

**Frecuencia de consumo de las actividades “dentro de la casa”.**

Actividad	Todos los días %	Casi todos los días %	Fines de semana %	Nunca %	No contesta %	Total %
Ver TV	76	16	5	3	-	100
Escuchar radio	71	21	3	5	-	100
Leer prensa	49	22	18	11	-	100
Leer revistas	17	20	30	32	1	100
Escuchar música	65	18	9	7	1	100
Ver cine en video	6	6	48	39	1	100
Estar ante un computador	15	9	4	71	1	100
Jugar Video-juegos	3	2	14	80	1	100
Jugar dominó	1	2	36	60	*	99
Leer libros	15	25	27	32	1	100

Del cuadro 1 se desprende que las actividades de consumo “dentro de la casa” que habitualmente acostumbra a realizar la gente del área investigada están relacionadas, en primer lugar, con los medios masivos de comunicación, específicamente con “ver TV” y “escuchar radio”. En relación con otra actividad de importancia está el “escuchar música”. Así mismo, amerita señalar el auge que está tomando el uso del computador dentro de la casa, ya que una cuarta parte de la gente entrevistada sostiene “estar ante un computador”, “todos los días/casi todos los días”. Otros medios de comunicación de gran uso son “leer la prensa, revistas, li-

bros”. En resumen, el orden de importancia de las actividades culturales “dentro de la casa” de acuerdo al porcentaje de respuestas en las frecuencias de consumo “todos los días/casi todos los días” es el siguiente: 1) Ver TV - escuchar radio: 92%; 2) Escuchar música: 83%; 3) Leer prensa: 71%; 4) Leer libros: 40%; 5) Leer revistas: 37%; 6) Estar ante un computador: 24%; 7) Ver cine en video: 12%; 8) Jugar video-juegos: 5%; 9) Jugar dominó: 3%.

**Cuadro 2:**

**Frecuencia de consumo de las actividades “elitescas o de alta cultura”.**

Actividad	Semanal %	Mensual %	ocasional %	Nunca %	No contesta %	Total %
Visitar bibliotecas	8	5	26	61	*	100
Visitar librerías	5	7	41	46	*	100
Visitar museos/galerías	3	6	33	57	1	100
Viajar al exterior	*	2	23	74	1	100
Asistir a espectáculos de cultura clásica	1	2	13	84	*	100
Asistir a conferencias/ congresos	1	3	16	79	1	100
Ir al teatro	1	4	26	68	1	100

Como era de esperarse el consumo cultural de determinadas actividades relacionadas con el pensamiento de la llamada “cultura ilustrada” no posee preferencia de importancia entre los entrevistados. Ninguna de las actividades presentadas a los entrevistados alcanza el 15 por ciento de las frecuencias de consumo “semanal/mensual”. “Visitar bibliotecas” y “Visitar librerías”, relacionadas con la lectura, son las dos actividades de mayor consumo cultural, con el 12 y 13 por ciento respectivamente de entrevistados. Y por otro lado, las dos actividades de “alta cultura” que aparecen con alto porcentaje en la frecuencia de consumo “nunca” son: “asistir a espectáculos de cultura clásica” (84%) y “asistir a conferencias/ congresos” (79%).

Mientras una cierta cultura se volvió folklore y ciertas políticas estatales de integración cultural se concentraron en el intercambio museográfico del patrimonio (la ficción de las raíces) o de las artes (la ficción de lo moderno) nuestros países se empezaron a encontrar también en otros ámbitos que hace unos años no aparecían en la escena de la integración: por ejemplo en el de la globalización económica y en el de la mundialización de la cultura.<sup>4</sup> Desde ese ámbito Colombia y Venezuela comparten imaginarios internacionales, contrastan sus propias identidades con identidades más desterritorializadas, consumen productos que se han estandarizado para una circulación internacional, acceden a la creación de un espacio informativo transnacional que selecciona e interpreta de un modo particular las noticias sobre sus propias realidades para hacerlas conocer del mundo. Partícipes de ese espacio muchos colombianos y venezolanos hoy se sienten aparentemente compartiendo una identidad aunque quizás no más cercanos: viven en el espacio globalizado lo que probablemente nunca han compartido en sus propios territorios domésticos. El “otro” que cada uno de ellos es en el espacio doméstico se descentra en el espacio globalizado donde tendemos a “parecernos” más.

## 2.1. Relacionarse en la música

Lo que hace unos años eran expresiones relativamente fragmentadas o esporádicas hoy se han convertido en poderosas industrias culturales que no solamente exportan sus productos entre sí sino hacia otros países de la región y del mundo.

La industria musical ha mostrado conexiones muy próximas que han permitido circular significados sociales de un país en el otro, tonos regionales en sociedades marcadas por diferencias geográficas y socioculturales indudables que facilitaron el conocimiento y la cercanía que quizás nunca había logrado la política.

El vallenato y la salsa permitieron el reconocimiento de la comunidad caribe en países que también son andinos. El joropo y el coleo demostraron que los llanos venezolanos y colombianos tienen menos fronteras que las que se han definido políticamente y muchas más historias comunes que ratifican la familiaridad de los relatos que se cuentan, se

cantan y se describen en la escenografía lúdica de la práctica de la vaquería o en las coplas improvisadas por sus cantores populares. Posiblemente los jóvenes colombianos y venezolanos de nuestros días tengan más que decirse alrededor del espacio común que les ha abierto el *rock*, el cine o la televisión sin que ello signifique que están hablando en una especie de esperanto sin identidad o en un lenguaje en el que se han perdido los países.

La música ha sido entonces una de las principales dimensiones del intercambio cultural y de las prácticas de la integración. Desde la presencia de grandes orquestas venezolanas como la Billo's Caracas Boys hasta el auge del vallenato y la fusión en Venezuela.

Si la salsa es una música del Caribe urbano y desde ella conocemos al barrio y la pobreza que está allí presente, con el vallenato nos reencontramos de nuevo con el Caribe, la ciudad y el barrio dentro de la ciudad. César Miguel Rondón cerraba la última página de su libro *Salsa, Crónica de la música del Caribe* diciendo que en el Caribe está el barrio, y él es dueño único de ese canto. Esto es igualmente válido para la salsa como para el vallenato.

En 1995 un joven artista colombiano, Carlos Vives imponía por la radio, en presentaciones televisivas y por la venta masiva de cassettes –discos– CD una pieza que quizás sea la composición vallenata que más conozca el joven de hoy en Venezuela y quizás de la misma Colombia: “La gota fría”. Esta expresión, cantada desde el escenario cual cantante de *rock*, ha servido de reconocimiento para que un sector juvenil conociera de otra manera la presencia de una porción del Caribe bajo la forma musical de vallenato. Tuvo que llegar la industria del disco y la gran industria cultural de la televisión para hacer del vallenato una expresión musical masiva que se recrea y reconfigura a cada instante desde sus orígenes hasta las formas modernas de presentación y circulación simbólica.

Pero hoy, estamos ante un nuevo escenario sociocultural en donde la llamada “oralidad secundaria”, debida a los medios de comunicación masiva y el desarrollo de las grandes industrias culturales, está actuando como espacio de disolución y reasunción de ritmos e imaginarios colectivos que hasta no hace mucho eran heterogéneos.

Si los jóvenes de casi todos los sectores sociales, pero especialmente los de clase media y alta, y seguramente los no tan jóvenes, han dis-

frutado del vallenato de la mano de Carlos Vives, encontraremos a públicos del barrio tanto en la periferia de Caracas como de las capitales de los estados fronterizos viviendo esta música como propia y reviviéndola en las ceremonias nocturnas a través del baile y el desenfreno... En Venezuela se ha creado desde la década de los noventa, una Fundación Vallenata que resucita desde el espacio venezolano el ritmo de Rafael Orozco (desaparecido) con el *Binomio de Oro*, las expresiones de Diomedes Díaz "El Cacique" y las canciones del *Binomio de Oro* que a tanta gente congregó y reunió en multitudinarias concentraciones masivas en ciudades fronterizas como Maracaibo, San Antonio del Táchira, San Cristóbal y en la ciudad de Mérida.

Esta es la verdadera integración, es la integración de las sociedades, es la integración de la "actuación" y "ritmo": es la integración de los signos y la circulación de significados sociales que nos aproximan aun a pesar de nuestras diferencias geográficas y socioculturales.

De este entrecruzamiento musical, desde el vallenato recreado por Carlos Vives y su banda, hasta el vallenato como expresión más popular con el *Binomio de Oro* y la solitaria expresión de "La múcura", nos topamos con un cruce de identidades que se identifican todas ellas en la "comunicación generalizada" de los formatos de las industrias culturales y sus respectivos géneros, hasta en los espacios nuevos de comunicación que se abren en la ciudad moderna. Desde ahí se están dando las nuevas dinámicas de la integración en el sentido de la conformación de imaginarios colectivos, que es lo mismo que decir cercanías y proximidades que poco han logrado la política y los diálogos integracionistas.

## 2.2. Integración por el melodrama

El deporte, especialmente el fútbol, el béisbol y el ciclismo, fuertes cohesionadores de las identidades nacionales y regionales, y sobre todo la industria televisiva, son dos hitos de las relaciones culturales entre Venezuela y Colombia. Una proposición que se ratifica en el estudio de Salazar y Rey (1999) cuando evaluando algunos aspectos del consumo cultural y particularmente del consumo televisivo se confirma que para los colombianos la primera manifestación cultural venezolana es la telenovela seguida del joropo y del béisbol. Más rápido que la colombiana, la televi-

sión venezolana ingresó al mercado internacional y logró estructurar formatos con una identidad propia. Durante años, su estilo de telenovela logró, junto con la mexicana, conformar uno de los dos modelos hegemónicos del género (el otro es el brasileño) a través de los cuales procedió ese producto cultural latinoamericano por excelencia que es el melodrama. Los factores de esa preeminencia fueron varios: el esquema privado de la televisión venezolana mucho más arriesgado y ágil que el sistema mixto colombiano, la configuración de una industria que tenía en la exportación uno de sus factores de éxito como también el logro de un lenguaje para llevarle a las audiencias las narrativas del amor y los relatos –bastante esquemáticos y predecibles– de los sentimientos, además de versiones del país, transformaciones de lo social y cambios culturales. Durante años uno de los puntos de contacto entre colombianos y venezolanos fueron sus telenovelas; una indagación de las razones de este consumo fiel y muchas veces emocionado develaría argumentos mucho más profundos: crónicas de realidades comunes, personajes de una dramaturgia que atravesaba las narrativas para mostrar coincidencias sociales, transiciones a la modernidad que se estaban viviendo al unísono. Por ejemplo, las referidas a los mitos de la modernización, a los procesos de urbanización y la aparición de clases y sectores sociales que no eran antes tan predominantes, así como procesos de secularización que acosaban las creencias monolíticas de una religión común que dejaba de ser el eje orientador de la vida social en ambos países. Entre “Topacio” y “Por estas calles” (dos telenovelas venezolanas) o entre “San Tropol” y “Señora Isabel” (dos telenovelas colombianas) han pasado más que simples modificaciones narrativas.

Crónicas de nuestra época, que unen memoria y relato, lógicas de la globalización y dinámicas culturales, las telenovelas condensan en su itinerario ingenuo, en su anacronismo o en sus maniqueísmos deformantes, los cambios que se viven en sociedades más laicas, modernas, fragmentadas y llenas de incertidumbres, casi o más que las series económicas históricas o que la incidencia de la dramaturgia política.

Durante años uno de los acontecimientos que permitió mantener los nexos que a través de varias décadas habían sostenido los migrantes, fue la telenovela venezolana. Curiosamente ambos fenómenos vincularon sentimientos y vida familiar, permitieron el encuentro de las



creencias en el ámbito laboral y del hogar; no en vano un gran contingente de mujeres, casi siempre campesinas o de pequeños pueblos colombianos, prestaron sus servicios como empleadas domésticas en los hogares venezolanos mientras las telenovelas iban integrándose sin tropiezos a los más íntimos rituales familiares.

Mientras el Pacto Andino traducía política y económicamente una integración entrabada y llena de vicisitudes y esporádicamente el diferendo limítrofe despertaba unos gestos nacionalistas latentes y exaltados por los medios de comunicación, el melodrama tejía una continuidad histórica al narrar hechos que conmovían por igual a las audiencias de los dos países. Formas de hablar, costumbres, modificaciones urbanas y hasta conflictos sociales aparecían en las obras que a diario seguían los televidentes colombianos. La integración retórica era suplantada por una integración de imaginarios.

Hasta tal punto es todo ello cierto que cuando se pregunta a los colombianos de diferentes sectores sociales por tres personajes famosos venezolanos la lista de los doce primeros reúne a siete cantantes-actores, dos políticos, dos reinas de belleza y un prócer. El más mencionado de los famosos venezolanos es José Luis Rodríguez “El Puma”, seguido por Simón Bolívar, mientras que en la jerarquía colombiana –seleccionada por los venezolanos de las diferentes clases sociales– están Shakira y Gabriel García Márquez.

Un fenómeno harto significativo es la importancia que ha venido teniendo la producción televisiva colombiana en Venezuela. En los últimos años las telenovelas colombianas han sido un éxito de audiencia. En junio de 1995, por ejemplo, el investigador venezolano Hilario Fernández en su “Evaluación de las telenovelas en la TV venezolana” (1995:105), subrayaba la transmisión en ese momento por RCTV, Venevisión, Televen y Venezolana de Televisión de cinco telenovelas colombianas, frente a tres brasileras, tres mexicanas y cinco venezolanas. Pero lo destacable es lo que significa este crecimiento de la demanda cultural masiva cuando precisamente existe una diferencia que aleja al melodrama colombiano del formato venezolano y lo acerca mucho más a la forma de narrar brasileña. Porque la producción colombiana opone a la producción en serie una realización mucho más ponderada, a los maniqueismos más ambigüedad, a las linea-

lidades más densidad de los contextos sociales y de las manifestaciones de los sentimientos y al anacronismo un diseño más contemporáneo y conflictivo. Todo ello sin que necesariamente se hagan excesivas concesiones a la estandarización que exige la comercialización internacional, es decir, a la pérdida del tinte propio por adquirir las condiciones que favorezcan un consumo más extendido; la acogida de una telenovela como “Café” en Venezuela y en general en América Latina, a pesar de sus acentos regionales tan evidentes, es una comprobación de ello<sup>5</sup>.

Si en los comienzos de la década del setenta un punto de contacto entre Colombia y Venezuela lo constituyó la frontera a través de “los caminos verdes” como se le ha llamado a este encuentro ilegal y nada fortuito<sup>6</sup>, hoy la migración es simbólica por intermedio de la telenovela desde donde se experimentan nuevas interacciones y formas de relación social. En los momentos del mayor flujo de personas entre ambos países, la telenovela venezolana constituía el género hegemónico del melodrama televisivo en Colombia. El panorama ha cambiado: de “Cristal”, “Topacio” o el clásico “Derecho de nacer” hasta “Por estas calles”, hemos pasado a que ahora la telenovela colombiana –que no sólo estructura novedosas e ingeniosas armarzones narrativas– acapara una audiencia importante en Venezuela.

“Señora Isabel”, “Café con Aroma de Mujer”, “Guajira”, “Perro Amor”, “En Cuerpo Ajeno”, “Las Aguas Mansas”, “La Viuda de Blanco”, “La Otra Mitad del Sol” han sido telenovelas colombianas de gran éxito (*rating*) en Venezuela. La telenovela colombiana ha funcionado también como “producto multimediático”. Esto significa que con ella se vende la canción de presentación, las artistas y actores convertidos ahora en cantantes y de esta forma clásicos bailables de la cumbia, la guaracha, el porro, el vallenato, pasan a ser conocidos en Venezuela y afianzan de esta manera (telenovela, música, ambientación, actores y contenidos) las relaciones binacionales desde las fronteras del entretenimiento.

Con un sistema educativo que no se hace cargo de la evolución moderna de los dos países, la telenovela –a pesar de sus desfiguraciones y limitaciones evidentes– ha representado tanto en sus contenidos como en su estilo narrativo, momentos que facilitan reconstruir una cierta continuidad histórica, un itinerario con rasgos sociales y transiciones culturales comunes. Países con fuertes acentos regionales pero con procesos urba-

nos crecientes se mostraron en relatos donde las protagonistas venidas del campo enfrentaban las exigencias de la ciudad incorporándose a las dinámicas de la movilidad social y casi siempre a las confrontaciones de clase. Años más tarde, estas narraciones parecían cada vez más anacrónicas no tanto por la ingenuidad de sus argumentos como por los cambios ocurridos en la sociedad. Así como el melodrama televisivo avanzó en su realización de lo artesanal a lo industrial, también modificó sus temas, la naturaleza de sus personajes y la complejidad de sus conflictos. El divorcio, el sida, las renovaciones en las costumbres sexuales aparecieron en el melodrama de los ochenta y los noventa junto a personajes estereotipados y contextos que incluso incorporaron acontecimientos sociales que se estaban viviendo en los dos países en el preciso momento de las grabaciones. La corrupción, las manifestaciones callejeras, el narcotráfico, la delincuencia, entraron a formar parte del panorama que la ficción se encargaría de explicar a una audiencia mayoritaria e interesada.

Es interesante observar cómo la telenovela ya no se percibe adscrita a una nacionalidad sino a un género. A tal punto el melodrama se “desnacionaliza” para entrar a ser un producto globalizado, una manifestación de la cultura masiva que se identifica por su naturaleza narrativa.

Unas sociedades en transición, acaballadas entre los intentos modernizadores y su titubeante ingreso en la modernidad expresaron el cambio de sus costumbres, la perplejidad que traían las transformaciones de las relaciones humanas o de los contextos sociales en el bolero, la música de salón y las grandes orquestas de baile. “Los melódicos” o “La Billo’s Caracas Boys” hicieron tanto por la integración de los dos países como Lucho Bermúdez y la orquesta del maestro Pacho Galán. En *Geografía de una nostalgia*, William Niño une el tiempo de modernidad de Billo con el desafío que significó darle una nueva escala al espacio urbano. “El encuentro entre arquitectura, estatuaria, monumentos y la música como reportaje de un estado crónico en plena transformación, pasa a escribir en la ciudad al nuevo interés que adquieren las canciones al expresar una nacionalidad revalorizada: Billo nos convierte en cómplices asombrados de la transformación” (Niño, 1977:26).

### 2.3. Educación, arte y literatura

Es obvio que las relaciones culturales no se agotan en los mercados de las industrias culturales de carácter masivo. Los esfuerzos que se han hecho estos años en educación y la convergencia entre arte, literatura y modernidad en los dos países son acontecimientos culturales destacados.

Mientras los datos demográficos muestran una similitud en los índices educativos, con algunas pequeñas diferencias en los universitarios, en el campo de los imaginarios, los venezolanos aprecian mucho la educación y cultura de los colombianos.<sup>7</sup> Una imagen que se refuerza con las migraciones de jóvenes venezolanos a las universidades colombianas especialmente en décadas anteriores, el activo diálogo entre escritores y artistas colombianos y venezolanos, el desarrollo de la industria editorial colombiana en los últimos años y las percepciones sobre la calidad de la educación de este país. Es importante sin embargo señalar, para el caso colombiano, la gran ausencia de la historia reciente de Venezuela en el desarrollo de los currícula educativos. Venezuela existe suspendida en un tiempo histórico que es el de la conquista, la colonia y la Independencia. Hasta allí llega una presencia que se mimetiza en el proyecto bolivariano de La Gran Colombia. Después Venezuela desaparece de la reflexión a no ser por esporádicas menciones al comercio y al diferendo limítrofe. No existe un proyecto educativo que ponga a dialogar a los dos países, que muestre sus puntos en común y sus diferencias, que resalte la importancia de Venezuela para los colombianos. Pero no es una excepción en un panorama en que nuestros países poco dialogan con sus vecinos y en cambio se solazan en el espejo de los países del primer mundo y especialmente en sus modelos civilizatorios y de progreso. Con un intercambio educativo que es mucho mayor en zonas de frontera la investigación comparada es poca y pobre y los proyectos binacionales prácticamente inexistentes. Más que las diferencias lo que caracteriza las relaciones es –en muchas ocasiones– el desconocimiento.

Lo afirma a su manera el venezolano Luis Britto García en un ensayo reciente, *Venezuela heroica*, cuando escribe después de hacer el perfil de una sociedad que exalta “boxeadores, *misses*, cantantes y faranduleros”:

Se dirá que soslayo al Premio Nobel de Medicina Benacerraf, a Jacinto Convit, a la bailarina Zhandra Rodríguez, a los pintores Marisol Soto, Cruz Diez, Zapata y Borges, a los escritores internacionalmente galardonados Adriano González León y Denzil Romero, a Margot Benacerraf, Palma de oro en el Festival de Cannes y pionera de tantos cineastas premiados en el exterior cuya obra no se exhibe en Venezuela. No los olvido yo sino un país que los ignora o los rechaza, como expulsó a Teresita Carreño y a Simón Rodríguez: un país cuya eficacia en la exportación de oro negro sólo es equiparable a su competencia para la expatriación de materia gris. A pesar de sus lúcidos científicos, de sus alucinantes pintores, de sus atrevidos escritores y de sus esforzados cineastas, algo en la mecánica de formación de sus mitos quiere que el venezolano medio se reconozca en el efímero y solitario destino de un boxeador, de una miss, de un motociclista o de un cantante (1998:34).

La crítica de Britto no puede quedarse simplemente en la comparación. Es tan importante preguntarse por las identificaciones con los "efímeros y solitarios" destinos de estos próceres de la clase media, que lo son no sólo para venezolanos sino también para colombianos (los mismos y en proporciones relativamente semejantes a las que señala Britto) y que seguramente nos ofrecerían claves importantes para pensar nuestros dinamismos culturales, como también por esa política del olvido que rodea a los creadores del arte y la ciencia en nuestros países.

Casi tan grave como la confrontación es el desconocimiento. Y los países latinoamericanos han vivido mucho más aislados de lo que se piensa; apenas se ve el poco cine que se produce en la región, la obra de escritores y artistas es conocida por grupos muy reducidos y la distribución de la producción editorial es aún bastante deficiente.

Las artes plásticas y la literatura son quizás dos de las áreas que han recibido mayor atención por parte de los gobiernos y de las entidades privadas. Testigo del acceso de nuestros países a lo moderno, la pintura ha permitido captar las cercanías de una sensibilidad contemporánea que asume para sí el conocimiento, la ironización de lo social, la interacción

con las posibilidades estéticas de la tecnología, la fuerza de la invención que actúa como una consistente requisitoria de las sociedades en los diversos momentos de su historia. Muestra también los caminos que han tomado las tendencias mundiales en nuestras realidades a la vez que conecta el debate interno con las ideas y las propuestas en construcción en el mundo. Ratifica así mismo los proyectos propios, es decir, la inauguración de una mirada venezolana y colombiana desde Reverón y Santamaría hasta Soto y Botero; desde R. Gallegos o J. Eustasio Rivera hasta Salvador Garmendia o Mejía Vallejo.

Uno de los énfasis de este aporte de las relaciones culturales bilaterales es, además de circular productos, debatir tendencias, evidenciar diferencias, la de construir un público que encuentre en el arte también otro modo de ver al Otro, más enriquecido, complejo y tolerante.

Porque la política del olvido y del no reconocimiento es finalmente una política de exclusión del Otro.

Toda cultura supone un Nosotros –escribe Mario Margulis–, es la base de identidades sociales. Estas se fundan en los códigos compartidos, o sea en formas simbólicas que permiten clasificar, categorizar, nominar, diferenciar. La identidad social opera por diferencia, todo ‘nosotros’ supone un ‘otros’, en función de rasgos, percepciones y sensibilidades compartidas y una memoria colectiva común, que se hacen más notables frente a otros grupos diferentes, con los cuales la comunicación encuentra obstáculos (1997:46).

### 3. CIERRE

Digamos solamente que la globalización, presente en la música, en lo audiovisual, en las nuevas tecnologías, en la moda o en todo el conjunto complejo de las industrias culturales-hoy es también un espacio nuevo de vinculación cultural, de encuentro de vecinos que participan de ámbitos culturales similares.

Solo viendo las relaciones entre cultura y política, cultura y desarrollo, cultura y proyectos de país podremos sacar a la cultura del lugar

inmerecido de los meros intercambios patrimoniales y artísticos, que si bien deben ser reafirmados no pueden ocultar los circuitos por los que pasan hoy y pasarán en el futuro las relaciones culturales entre Colombia y Venezuela.

---

NOTAS:

- <sup>1</sup> Pero no hay duda de que el apego a la letra y a la ley son rasgos de su mejor tradición culta, y de que el jurista-letrado constituye algo así como el tipo ideal de la vida colombiana, en *Notas para una interpretación de Colombia*, páginas 84-85.
- <sup>2</sup> Un fenómeno reciente en la producción de telenovela es la combinación de componentes internacionales en su realización: libretistas que se desplazan entre países, actores y actrices que entran a los repartos como garantía de circulación de los productos en diferentes países, inclusive locaciones en diversas geografías. Las coproducciones de cine sin ser numerosas existen entre los dos países.
- <sup>3</sup> Se trata de la Encuesta sobre Imágenes y Actitudes que realizara el grupo Académico Binacional. La misma estuvo coordinada por Germán Rey (Colombia) y José Miguel Salazar (Venezuela). Los datos forman parte de la investigación completa sobre *Venezuela y Colombia, Agenda para el Siglo XXI*.
- <sup>4</sup> Renato Ortiz, *Mundialización y cultura*, Buenos Aires, Ed. Alianza, 1997; Renato Ortiz, *Otro territorio*, Santafé de Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998; C. Medes (coord.) *Cultural pluralism, Identity and globalization*, Río de Janeiro, Unesco – ISCC, 1996; N. García Canclini (coord.), *Culturas y globalización*, Caracas, Ed. Nueva Sociedad, 1996; Rubens Bayardo y Mónica Lacarrieu (comp.), *Globalización e identidad cultural*, Buenos Aires, Edc. Ciccus, 1997.

- <sup>5</sup> Sobre esta discusión véase: N. Mazziotti, *La industria de la telenovela*, Buenos Aires, Paidós, 1996; o Martín-Barbero y Rey, *Los ejercicios del ver, Op. Cit.*; Martín-Barbero y Sonia Muñoz "Televisión y melodrama", Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Edts., 1992; Renato Ortiz y otros, *Telenovela: historia e producao, Brasiliense*, Sao Paulo, 1985; M. Coccato "Apuntes para un historia de la telenovela venezolana", en *Videoforum*, Caracas, N°. 123, 1985; M. I. Mendoza, "La telenovela venezolana: de artesanal a industrial", en *Diálogos de la Comunicación*, Lima, Felafacas, N° 44, 1996.
- <sup>6</sup> Ver el texto del periodista venezolano Germán Carías *Por los caminos verdes*. Editado por Fedecámaras y la Federación Nacional de Ganaderos de Venezuela. Venezuela, 1970.
- <sup>7</sup> Ver al respecto la investigación sobre "Imagen y actitudes hacia Colombia". Editado en Caracas por la Oficina Comercial de la República de Colombia. 1995.

---

 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Arciniegas, Germán (1998). "De Pocaterra a hoy". En *Colombia-Venezuela, historia intelectual*. Santafé de Bogotá, Colombia: Biblioteca de la Presidencia de la República.
- Bisbal, Marcelino; Aguirre, Jesús María y otros(1998). *El consumo cultural del venezolano*. Venezuela: Fundación Centro Gumilla y CONAC.
- Britto García, Luis (1998). "Venezuela Heroica". En revista *Imagen*, Caracas, N° 9, abril-mayo de 1998.
- De Pineda, Virginia Gutiérrez (1989). "Complejos culturales regionales". En *Identidad*, Memorias del V Congreso Nacional de Antropología. Colombia: Editado por COLCIENCIAS, FAES, ICFES.
- Fernández, Hilario (1995). "Investigaciones de Comunicación". En *Anuario ININCO*. Venezuela: Universidad Central de Venezuela y Facultad de Humanidades y Educación.
- García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos*. México: Editorial Grijalbo.
- Jaramillo Uribe, Jaime. (1993). *Travesías por la historia*. Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República. Santafé de Bogotá, Colombia.
- \_\_\_\_\_. (1994). *De la sociología a la historia*. Santafé de Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes.
- Margulis, Mario. (1997). "Cultura y discriminación social en la época de la globalización". En *Globalización e Identidad Cultural*. Argentina: Ediciones Ciccus.



- Melo, José Orlando. (1989). "Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad". En *Identidad*. Santafé de Bogotá: ICFES.
- Montero, Maritza. (1998). "Identidad, belleza y cultura popular" En *Venezuela: tradición en la modernidad*. Venezuela: Editado por la Universidad Simón Bolívar (USB) y la Fundación Bigott.
- Niño, William. (1977). "Geografía de una nostalgia". En la revista *Imagen*, Caracas, año 30, N° 6, octubre-diciembre de 1977.
- Ortiz, Renato. (1998). *Otro territorio*. Santafé de Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello y Ediciones Tercer Mundo.
- Salazar, José Miguel y Rey, Germán. (1999). "Imágenes, opinión y consumo cultural: visiones mutuas de colombianos y venezolanos". En *Colombia-Venezuela. Agenda común para el siglo XXI*. Santafé de Bogotá: TM Editores y IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, UCV de Caracas, SECAB y CAF.
- Torres, Carlos Arturo. (1998). "La literatura de ideas". En *Colombia-Venezuela, historia intelectual*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Santafé de Bogotá, Colombia.
- Trejo, Oswaldo. (1998). "Fragmentos de diario". En *Colombia-Venezuela, historia intelectual*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Santafé de Bogotá, Colombia.
- Uslar Pietri, Arturo. (1998). "Un viejo amigo de Colombia". En *Colombia-Venezuela, historia intelectual*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Santafé de Bogotá, Colombia.